

La Escuela Campesina en Moxviquil: mi experiencia desde la resistencia, alegría, creación y esperanza

Sergio Iván Navarro Martínez

*¿Para qué escribe uno, si no es para juntar sus pedazos?
Desde que entramos en la escuela o la iglesia, la educación nos descuartiza:
nos enseña a divorciar el alma del cuerpo y la razón del corazón.
Sabios doctores de Ética y Moral han de ser los pescadores de la costa
colombiana,
que inventaron la palabra sentipensante para definir el lenguaje que dice la verdad.*

Eduardo Galeano

Desde hace algunos años he tenido la intención de conocer a profundidad lo que sucede más allá de la teoría con las experiencias educativas interculturales en México y América Latina, en esa revisión he logrado identificar que algunas de ellas se posicionan desde su propio contexto sociocultural haciendo frente a la oleada de la modernidad que cotidianamente nos oprime y enajena. Ese posicionamiento y distanciamiento busca establecer una diferencia con las universidades “convencionales”, es decir, con aquellas donde la diversidad es invisibilizada y donde muchas veces, las relaciones con los diferentes territorios y actores es una simulación.

Coincido con Freire (2011, p. 24,25) cuando menciona que “pensar que la esperanza sola transforma el mundo y actuar movido por esa ingenuidad es un modo excelente de caer en la desesperanza, en el pesimismo, en el fatalismo.

SERGIO IVÁN NAVARRO MARTÍNEZ

Sociólogo, académico en el Instituto de Investigaciones en Educación de la Universidad Veracruzana.

Pero prescindir de la esperanza en la lucha por mejorar el mundo, como si la lucha pudiera reducirse exclusivamente a actos calculados, a la pura cientificidad, es frívola ilusión.”

Sabemos que hoy en día estamos frente a una crisis civilizatoria, con desesperanza e incontables problemas socioculturales, ambientales y económicos, al igual que con distintas manifestaciones de violencias y desilusión, por ello pensar y hacer otras formas de educación es actuar desde la esperanza.

En ese sentido, yo propongo compartir mi *sentipensar*¹ sobre la “escuela campesina”, que como sabemos es una propuesta pedagógica que se ha desarrollado en diferentes partes del mundo donde las y los campesinos promueven un intercambio de creencias, conocimientos, saberes y experiencias relacionada con contexto sociocultural y productivo. En particular, en este escrito, recupero la experiencia de la escuela campesina promovida por el Centro de Formación para la Sustentabilidad, Moxviquil A.C. a través de la Licenciatura en Autogestión Sustentable del Territorio (LAST), que desde ahí se le ha nombrado de diferentes maneras y valiéndome de esa flexibilidad de construir su identidad yo agregaría que también es un **“espacio donde se tejen las esperanzas”**, donde los sueños son semillas que germinan sobre tierra fértil, y ahí en la inmensidad de las parcelas multisituadas en los territorios se cosecha **resistencia, alegría, creación y esperanza**.

Sobre esos cuatro pilares quiero reflexionar y enriquecer lo ya vivenciado a partir de mi experiencia y mi encuentro con la escuela campesina que se promueve en Moxviquil. Empezaré por la primera característica:

Resistencia: Para mí, la resistencia es abandonar la idea de que todo está dado y de que no hay nada por transformar y, se comienza a buscar alternativas para transformar las situaciones que no nos agradan, así es como veo que la LAST pasó de un “no hacer nada y dejarlo todo como está”, a la resistencia e incertidumbre para desde ahí, generar otras formas de aprendizajes significativos en los y las estudiantes y también

¹ *Sentipensar* es un concepto que acuñó el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda con el fin de denotar la manera como ciertos sujetos sociales actúan sin separar la razón de sus emociones. Originalmente, fue una noción que aprendió de pescadores en una de sus investigaciones en el departamento de Sucre, ubicado en la costa caribe colombiana (Robayo, 2021).

en aquellos docentes y familias que participan. Durante la semana que pude estar acompañando a las y los docentes me di cuenta de la diversidad de formas de incentivar el aprendizaje, vi la resistencia encarnada-corporalizada en quienes asistimos a la casa de doña Zeni en la comunidad de San José Obrero. Era evidente la resistencia,² se podía ver cuando los y las estudiantes narraban sus experiencias que están teniendo con sus familias en sus territorios, resistencias que ayudaban a posicionarse frente al mundo, frente a la desesperanza, esparciendo sus semillas transformadoras con sus familias, vecinos y amigos.

Me pude dar cuenta que cada uno/una de los estudiantes se encuentra librando una batalla que puede ir desde cuestionar los roles de género al interior de su familia hasta la construcción de un espacio digno para vivir la vida, entonces, me parece que desde ese espacio formativo de la escuela campesina no es únicamente ver la cuestión productiva y técnica, sino también es un espacio constante de reflexión sobre aspectos socioculturales, de salud, organizativos y también productivos. Constantemente se cuestiona **¿cómo contribuir a mejorar las condiciones de vida comunitaria y campesina? ¿cómo transformar las relaciones de poder enraizadas y naturalizadas en la cotidianeidad?**

La búsqueda de la respuesta siempre se encamina a cómo reafirmarse con sujetos ante la vida asumiendo una identidad propia y resistiendo a las estructuras y normas comunitarias y, por si fuera poco, a re-producir los elementos culturales de la vida campesina, todos estos aspectos sin duda nos hablan del surgimiento de una identidad juvenil rural no convencional, sino una juventud rural en resistencia. Desde ellas se tejen formas propias de querer vivir la vida y la forma en cómo se quiere que otros la vivan en este mundo, introyectando el deseo, el trabajo y la reivindicación en sus pares.

² Para Giroux, desde la teoría de la resistencia, los agentes tienen un papel activo cuando se oponen a la ideología dominante; “ocasionalmente la perciben como contraria a sus propios intereses y se resisten abiertamente a ellas [...] las ideologías dominantes no sólo se transmiten en las escuelas, ni se practican en un vacío. Por el contrario, a menudo encuentran resistencia en maestros, estudiantes y padres” (Giroux, 1985, p. 23).

Alegría: Sin duda la alegría fue una manifestación constante por estar ahí, la alegría por compartir experiencias, alimentos, conocimientos, risas, enojos y tristezas. Desde que llegamos a San José Obrero e incluso antes, tenía cierto temor e incertidumbre por no saber qué es lo que sucedería, constantemente me preguntaba si seríamos bien recibidos, en esa ocasión me acompañó Chema (estudiante de doctorado). Al llegar, todo cambió el temor se desvaneció al ver a Judith y César esperando pacientemente nuestra llegada, pero sobre todo cuando nos dijeron que estaban esperándonos para desayunar, no imagine un mejor recibimiento que ese, el ver que las y los estudiantes se reunieron en la mesa con una sonrisa y mirada curiosa e inquieta ante nuestra llegada. En mi imaginario académico-citadino, pensé que ya había desayunado y que llegando nos incorporaríamos a las actividades ya preestablecidas, programadas, pero no fue así, en la mesa con Judith y César comenzamos a pensar en distintas estrategias para continuar con el trabajo de sistematización que ellos tenían en mente y que habíamos comenzado a dar forma días antes de estar en San José Obrero, debo confesar que sentí una alegría inmensa, pues me sentí escuchado, incluido y con posibilidades de co-crear.

La alegría también puede verla cuando escuchaba lo que están realizando los y las estudiantes con sus familias, escucharles y ver que sus compañeros/as les escuchaban atentamente fue un momento invaluable, no percibí desanimo, sino una curiosidad constante por saber cómo estaban realizando tal o cual cosa. La alegría también era muy visible en las comisiones que los y las estudiantes tenían a cargo, cada quien sabía lo que tenía que hacer **¿cuál fue el espacio más alegre para mí?**

Sin duda, fueron dos, el primero fue cuando participé en hacer tortillas, estar en el fogón, conversar y aprender a tirar y voltear la tortilla, escuchar las historias que se tejen alrededor fue emocionante, realmente significativo, e incluso cuando llegó doña a Zeni a poner orden, porque estábamos haciendo tortillas a punto de tostadas, ella nos enseñó el tiempo adecuado para voltearla e incluso comentó que también se puede ver el rumbo que tomaremos si la tortilla no queda totalmente extendida. **Eso puede ser una metáfora aplicada al proceso de la LAST, tiene también su propio tiempo y su propio rumbo.**

Otro momento alegre fue cuando nos reunimos por la noche a contar historias de “terror”, fue algo muy espontáneo que nos hizo participar a quienes nos reunimos ahí, me hizo recordar como anteriormente esa práctica también estaba presente en mi familia, y sin duda, es una práctica que nos puede ayudar a entender muchos simbolismos culturales que están presentes en diferentes territorios.

Creación: La creación es algo que es tan necesario hoy en día, me cautivó ver un espacio que está innovando en la educación superior en Chiapas, que abandona su sitio de confort de las aulas para ir a la comunidad a crear y pensar que otras formas de educación son posibles y que no hay mejor construcción del aprendizaje sino es aquel que pasa por uno mismo, que nos atraviesa en toda nuestra humanidad y que nos enseña a través de la experiencia vivida y no contada. El pensar y crear espacios para reconfigurar los procesos de enseñanza aprendizaje en la vida comunitaria es sin lugar a dudas un reto constante, pero también es la apuesta por crear otras formas de vida campesina digna. La creación no únicamente es visible en el huerto, parcela y traspatio de doña Zeni, ni en las ecotecnias, ni en las prácticas agroecológicas, la creatividad es también visible en las experiencias de los y las estudiantes, en la forma en cómo están transformando sus espacios productivos y socioculturales de sus familias, en la forma en cómo están creando vida, en la forma en cómo ellos están decidiendo cómo vivir la vida, pude ver y escuchar “desde adentro” lo que sucede en los entornos comunitarios y organizacionales de las y los estudiantes, y también las tensiones que viven frente a los embates de la modernidad, lo cual en lugar de decir que todo está perdido, se posicionan frente a esa realidad, resisten alegremente y se dan la oportunidad para crear, compartir y soñar.

Esperanza: El tener presente a la cultura, el territorio y los procesos organizativos propios y particulares de una región genera esperanza de que desde la educación superior y con la colaboración de diferentes actores se pueden hacer cosas que dignifiquen la vida campesina. Observé que constantemente hay un recordatorio sobre los procesos organizativos en sus contextos comunitarios y familiares, es esperanzador conocer una propuesta de formación que siguen otra lógica; que se

escapa de bien individual para pensar el bien común. Desde mi perspectiva, la experiencia de la LAST nos incorpora a un debate que debe interpelar no únicamente a las universidades interculturales y comunitarias sino también aquellas que en su lejano horizonte aún se comienza a dibujar la simbiosis comunidad-universidad. Como bien sabemos, dicha interrelación son materia prima para posibilitar otras formas de relación más justas y equitativas dentro del espacio de acción de las Universidades, por ello, la experiencia de la LAST dignifica la esperanza.

Se aspira a que las y los estudiantes adquieran gradualmente mayor consciencia sobre sus orígenes y su papel como sujeto social, políticamente comprometido con el bienestar local y comunitario, desde donde la Universidad, en su papel de generadora de conciencia crítica, coadyuva a la transformación de esas realidades. Desde que tuve los primeros acercamientos a Moxviquil, hace más de una década, me cautivaron los procesos educativos que se impulsan desde y para la transformación de la realidad sociocomunitaria, supe que los espacios de esperanza existen y que son posibles.

Para finalizar cito lo que dice Catherine Walsh: “Mi apuesta hoy en día está en y por las esperanzas pequeñas. Es decir, en y por esos modos-muy-otros de pensar, saber, estar, ser, sentir, hacer y vivir que sí son posibles y, además, existen a pesar del sistema, desafiándole, transgrediéndole, haciéndole fisurar” (Walsh, 2017, p. 30). Aunque es posible que al construir la **resistencia, alegría, creación y esperanza** desde Moxviquil y la LAST, también se enfrenten a sus contrapesos, pero en la medida que nuestro *sentipensar* (corazón y la cabeza) estén presentes en nuestras prácticas cotidianas enraizadas en el trabajo colectivo, el apoyo mutuo y la solidaridad, entre otras, se podrán crear y consolidar acciones para alterar y transformar las condiciones del mundo actual.

Bibliografía

- Freire, P. (2011). Pedagogía de la esperanza, un reencuentro con la pedagogía del oprimido. México: Siglo XXI editores.
- Galeano, E. (1993). El libro de los abrazos. México: Siglo XXI.

- Giroux, H. (1985). "Teorías de la reproducción y la resistencia en la nueva sociología de la educación: un análisis crítico", Cuadernos políticos. México: Editorial Era, pp. 36-65.
- Robayo, A. (2020). Emociones y poder desde una perspectiva sentipensante. Ciencia Política, 16(31), 41-71.
- Walsh, C. (2017). "Gritos, grietas y siembras de vida Entretejerer de lo pedagógico y lo decolonial", en Pedagogías decoloniales Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir, tomo II. Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala, pp. 17-45.